

Modalidad; Crónica Periodística

Título

"EL LOCO GALLETA"

Alfredo Alvarez Pérez

Este es el relato de un acontecimiento inigualable. Un trance que se concretó durante un partido de fútbol en Buenos Aires, *"la reina del plata"*, un sábado otoñal del año mil novecientos cincuenta y cuatro.

Gracias a una invitación, no por esperada menos fortuita, fui testigo del mismo, de una competición singular incluso en mi estima, que a la sazón había visto más de cien partidos. La mañana del argumento descubrí que el fútbol podía ser mucho más que un deporte y, alejarse a la vez, del concepto de juego; sin darme cuenta cabal de la dimensión del hallazgo.

La evidencia quedó en mi mente presta a ser comunicada, aguardando, a la espera de que las circunstancias lo pidieran. Y el llamado llegó seis décadas después a propósito de brindar una crónica al Certamen Literari

Francesc Candel

Ese sábado, yo me convertí en un espectador privilegiado que asistía a un teatro de acontecimientos imaginarios, semejante a aquel que dominó la escena griega en tiempos de Pericles. También vivencí que el fútbol, en su estructura más ortodoxa, pertenecía a la pureza del clasicismo con la unidad de acción, tiempo y lugar, esencia de su razón.

Un hecho que me llevó a comprender que los atletas del balón, si querían convertirse en héroes, tenían que enfrentarse a una lucha desigual: renunciar a elegir su destino y dejarse consumir como mitos de una nueva mística

El sortilegio de lo que ví, hizo que el fútbol se me revelara en una

dimensión desconocida y así permaneció en mi interior hasta que volvió al presente a propósito de la elección de los mejores jugadores del mundo que finalmente- es público y notorio-, recayó en Cristiano Ronaldo.seguido de Lionel Messi.

Porque, personalmente, el título del mejor jugador de la historia del fútbol tiene un dueño eterno, y su nombre es casi todo apodo: “El Loco Galleta”.

Tenía dieciséis años cuando lo conocí. Vivía con mi familia en un típico barrio porteño, hermanado a cualquiera de esos: *“cien barrios porteños, cien barrios de amor, cien barrios metidos, en mi corazón”*, el tango que Alberto Castillo cantaba, con la orquesta de Anibal Troilo “Pichuco”, de forma sublime.

Mi barrio era Caballito y el de “Galleta” también, siendo, esa circunstancia no elegida, lo único que teníamos en común.

Caballito, “Ferro”, el Club creado por los ingleses dueños del transporte por tren, de nombre completo Ferrocarril Oeste, mantenía la iconografía de una estética elitista, con división de carnets incluida: se era socio del club- con acceso a todas las instalaciones- o de la cancha- sólo para presenciar partidos.

En mi parroquia todavía quedaban algunos corralones reconvertidos en garajes, otros abandonados y uno destinado al carro del lechero que, a mediados de los cincuenta, seguía tirado a caballo.

Precisamente en el altillo de ese corralón vivía Santiago Fandiño, conocido por todos como “El Loco Galleta”.

Entonces, en Buenos Aires, el deporte tenía tendencia a los opuestos sin

dialéctica ni síntesis alguna, tan sólo la glorificación de estrellas. A la división Boca-River, Ferro-Velez, Atlanta-Chacarita, Rosario-Ñubel, Estudiantes-Gimnasia, Independiente-Racing y San Lorenzo-Huracán, se sumaba la de Juan Manuel Fangio y Oscar Alfredo Gálvez, que era lo mismo que decir Ford/Chevrolet. Después, “El chueco”- alias popular con el que se conocía a Fangio- se fue a Europa y allí concretó su epopeya de ganar cinco mundiales de Fórmula 1-el primero en un circuito trazado por las calles de Pedralbes en Barcelona- la ciudad de mi exilio desde hace treinta y siete años- y Gálvez se quedó sin contra ni emoción.

Recuerdo que Cordero, mi amigo Daniel que jugaba en la quinta de Ferro de centrohalf –así, en inglés, se lo llamaba al medio centro- y con el que compartía trajes enriqueciendo a cuatro nuestras pilchas, me informó:

“Mañana entrena “Galleta” en el potrero”. Lo dijo tan emocionado que superó cualquier prevención. El potrero era la cancha auxiliar de Ferro y allí fuimos. Ante mi sorpresa me encontré que había más gente que los domingos en la cancha. A todos los unía el mismo deseo y privilegio.

Cuando “Galleta” apareció y la ansiedad de la multitud se enfrentó a su persona, la imagen de un muchacho flaco, alto, desgarbado, de menos de veinte años, con el pelo largo y un pañuelo en la frente, quedó oculta por la más real de un ídolo.

“Galleta”, empezó a acariciar el “fobal”, así llamaba a la pelota, y todavía la siguen llamando en muchos de esos cien barrios porteños metidos en mi corazón. Parecía que ese globo de cuero con costura flotara. “El Loco” se iba de uno, de dos, de mil, los volvía a enfrentar para cambiar su regate, levantaba el globo mágico con los dos pies, por la espalda, lo

pasaba por la cabeza de sus rivales y daba uno y millones de pases de gol.

Yo no había visto nada igual, un bailarín trazando la coreografía de la seducción, agotando todas las posibilidades de las leyes físicas que fijan la relación de un hombre con una pelota de fútbol. Creaba, cada vez, una jugada, ocupando él solo ese terreno de tierra sin pizca de yerba. Saltando por encima de zancadillas, patadas e intentos de derribo, llevaba el balón sobre la cabeza veinte metros sujeto a su inteligencia excepcional, como un auténtico dios descubriendo con Prometeo la libertad.

Llegó el momento ansiado.. Cordero me dijo: *“Ahora fijate bien”*.

“Galleta”, iba a probar a los arqueros- nombre dado a los porteros en Argentina- tirándoles penaltis. La catarsis que Aristóteles nos legó tomó cuerpo. Porque “Galleta” le decía al arquero si iba a patear la pelota a la izquierda o a la derecha, si iba de rastrón o a media altura, pero daba lo mismo porque a pesar de sus advertencias tiró veinte penaltis y los convirtió todos.

“Viste, es bárbaro, pero esperá que falta lo mejor”. El campo terminaba en una pared muy alta, de ladrillos, que era la espalda del frontón abierto y el show de “Galleta” pasó al capítulo de la más pura participación.

“¡Galleta, dale al ladrillo dieciocho!”, le gritaban.

“El loco”, miraba el ladrillo que escapaba del trabado en el ángulo y la pelota salía hacia esa altura de doce o más metros provocando que su chute, casi en mitad de la cancha, hiciera que el ladrillo cayera golpeado, un pedazo de adobe rindiéndose a ese poder.

“Galleta, con el faso”.

Sin problemas. “Galleta”, botaba la pelota en con los pies , con la cabeza, con las rodillas, mientras prendía un cigarrillo, lo fumaba y el balón sin tocar el suelo.

Cordero me lo presentó y no pude ocultarle mi admiración.

“El fobal es fácil pendejo, el secreto es querer a la pelota, la tenés que desear igual que si fuera tu mina. Además si la respetás ella nunca te va a traicionar”.

“¿Por qué no llegó, qué pasó, cómo es que nadie lo conoce?”. Preguntas que me hacen y yo mismo me hice siempre, no queriendo aceptar la respuesta, la sencilla explicación oculta en el espectáculo presenciado un sábado a la mañana de mediados de mil novecientos cincuenta.

Sin duda alguna era el mejor, “Galleta” fue el mejor jugador de fútbol del mundo.

Jugaba en la tercera división de Ferro y no me quise perder el partido siguiente a la exhibición que tanto me había deslumbrado. Lo del potrero se trató sólo de un ensayo. Con rivales su genio se agrandaba. Pero la masa lo quería para ellos, no deseaba otro triunfo que esa alegría de los domingos y cuando ya Ferro ganaba por un gol empezaban los pedidos.

“Galleta, gol en contra”, y su propio arquero que lo quería matar, pero la pelota iba adentro.

Total, después hacia tres más a su favor.

“Galleta travesaño”, y desde la mitad de la cancha impulsaba el balón haciéndolo golpear la madera.

“Galleta, a todos”, y uno por uno se gambeteaba a los 21 jugadores, los

rivales y los de su equipo.

Sí, se puede decir porque no llegó siendo, como fue, el supremo atleta de fútbol.

A causa de sus escapes, indisciplina en el vestir y falta de memoria cantando los himnos, hizo el servicio militar durante seis años. De esos se pasó en la celda casi tres, alternados con libertades pero tres al fin, y faltó a las cuatro oportunidades en las que Arturo Granato, el entrenador de Ferro, quiso meterlo en la primera. Un paso imprescindible antes de llegar a la Selección y al Mundial.

Gillermo Fandiño, “El Loco Galleta”, nos hizo fantasear que el fútbol podía ser arte, y fue víctima de la ridiculez de una obligación con el ejército que frustraba la carrera de tantos jóvenes.

“Galleta” y su don invadieron nuestros sueños cuando era tan necesario soñar porque en ese tiempo no había tele, ni ordenadores, ni consolas, ni Internet, ni móviles, ni hitmonchan- el deportista de Pokémon- fetiches actuales que nos privan de la ilusión: como aquella que sostiene la posibilidad de que un domingo cualquiera, la más remota quimera puede hacerse realidad.

En su memoria pretendo, con esta crónica, rendirle homenaje y dar testimonio de que la utopía pervive como un aliento imperecedero

FIN